

**Título: PEDRO- Seudónimo: MiAngel - Categoría: Matriculado Cuento**

Desde niño camino cada mañana de domingo hasta el puente.

Allí me encontraba con mi inseparable amigo Pedro, nos tirábamos en el pasto a un costado de la avenida, justo debajo del puente y nos quedábamos charlando y contándonos las vivencias de la semana. Nos gustaba escuchar el sonido de los trenes que pasaban por arriba de nuestras cabezas cada 20 minutos, entonces pedíamos un deseo, en general era el mismo, conocer a una linda chica y enamorarnos. Siempre después de que pasaban tres trenes nos levantábamos y nos íbamos a jugar a la pelota.

Cuando éramos chiquitos nos encontrábamos en la iglesia y después de la misa corríamos a casa a cambiarnos la ropa dominguera para ponernos otra que pudiéramos ensuciar. Media hora después nos reuníamos allí, nos acostábamos en el pasto y nos poníamos a charlar. Hablar con Pedro se parecía bastante a confesarse con el cura.

Cuando fuimos más grandes no faltábamos nunca a ese encuentro. No importaba si nos habíamos visto en el club o en la calle o donde fuera, ese momento era otra cosa, hablábamos de temas que en otros espacios jamás comentábamos.

Nuestra reunión en ese lugar era un momento de secreto. Nunca, nunca repetíamos lo que allí conversábamos. Ahí nos contábamos cosas muy íntimas, de esas que solamente le confiarías a tu sombra.

Hace 7 años construyeron un puente colgante pegado al de los trenes para que la gente pudiera cruzar la avenida. Era un puente muy divertido porque se movía cuando caminabas sobre él. También muchos pasaban corriendo o con las bicis. Desde el día que lo inauguraron cambiamos el pasto por subirnos al puente, nos sentábamos justo en el centro con las piernas colgando hacia el vacío sobre la avenida.

Desde allí mirábamos un grupo de árboles que había frente al puente. Nos quedaban a la altura de nuestros ojos las grandes ramas y las copas de esos árboles centenarios donde muchas aves hacían sus nidos. Nosotros tratábamos de descubrir si reconocíamos a los pájaros que habíamos visto la semana anterior, los observábamos en detalle, nos alegrábamos con los pichones. Siempre amamos a las aves.

También mirábamos a las chicas que corrían por el parque y jugábamos a adivinar las marcas de los autos que pasarían por debajo del puente. Seguíamos contando trenes y ahora los teníamos más cerca, hasta podíamos saludar a los que viajaban en ellos.

Desde que terminamos el secundario, Pedro la escuela industrial y yo el colegio comercial, se hacía más difícil juntarnos a la misma hora, cada cual tenía más compromisos y menos tiempo, pero jamás faltábamos. Siempre fijábamos la hora el viernes y llueva o truene ahí estábamos. Si no podíamos subir porque llovía mucho nos sentábamos en el borde de una fuente de cemento que había debajo... incómodo...pero no nos importaba.

Un domingo fui al encuentro pero Pedro no llegó. Esperé pensando que seguramente se había demorado y que vendría, pero no llegó. Conté los tres trenes desde las 11 de la mañana y no llegó. Lo llamé pero no me respondió. Bajé del puente y caminé a casa de mi amigo. A la distancia vi unos patrulleros en la puerta. Me preocupé mucho, corrí hasta donde estaba la policía pero no me dejaron pasar. No me dijeron nada, esperé hasta que pude preguntarle a unos vecinos y me contaron que habían oído disparos a las 10.45 de la mañana y llamaron a la policía.

A esa hora mi amigo debería haber salido rumbo al puente, tal vez no esté ahí adentro pensé. Sabía que su papá había comprado un arma en el mes de febrero después de haber sufrido un robo en su negocio.

Hablé nuevamente con la policía, les dije que era amigo de Pedro y que conocía a la familia, que quería ayudar. Me agarró del brazo un inspector, me corrió a un costado, me preguntó la edad y como tengo 23 me pidió que dejase los datos, dijo que me llamarían para declarar. Me miró muy fijo y entendí que quería contarme algo dramático. Agregó que estaban tratando de saber que había pasado y me consultó si había algún conflicto familiar porque lamentablemente encontraron a tres personas muertas en el comedor de la casa. Uno de ellos era Pedro. No lloré. Abrí los ojos enormes que no pude cerrar hasta dos días después cuando me venció el sueño y caí en mi cama, casi desmayado, cuando mi padre logró arrastrarme hasta allí.

No pude moverme por diez días, me dieron medicinas y me levanté cuando pude, como pude. Mis papás no me dejaron salir por bastante tiempo. En mi trabajo me dieron licencia. No estaba bien...

No pude ir al velorio. El cajón, me contaron, estaba cerrado porque hubo que hacer autopsias y por los tiros y por otras cosas, según dijeron...

No me pude despedir...

Un día lindo empecé a salir. Empezó la primavera y empecé a trabajar, estaba más animado. Había pasado el tiempo y me sentía más aliviado aunque no podía dejar de pensar ni un solo día en mi amigo.

Casi como un tributo había decidido pasar cada día por el puente. Por la mañana cuando iba al trabajo caminaba por allí y me detenía un minuto a pensar en Pedro y seguía mi día. Empezaba mi día. Sentía que estaba con él cuando hacía eso. Me tranquilizaba. Era un momento de paz.

Cada domingo subía al puente colgante donde siempre nos juntábamos a charlar y a observar a las aves y a las chicas. Hacía las mismas cosas pero solo. Miraba a lo lejos y entre aquellos árboles donde reconocíamos a los pájaros, ahí en el fondo, lo veía; sentía que Pedro me saludaba cada domingo. Respiraba hondo, esperaba que pasaran los tres trenes, pedía deseos y algunas veces me sorprendía hablando solo, hablando en voz alta con alguien, con mi amigo

imaginario. Después de mi ritual semanal, volvía a casa a almorzar con mis viejos, porque ese encuentro, esa regla, jamás se rompió en nuestra familia.

La mañana del domingo de Navidad llegué al puente y me tiré en el pasto como cuando éramos chiquitos... esperé que pasaran los tres trenes... pensé en todo lo que había vivido ese año y en todos nuestros sueños... y pedí muy fuertemente mis tres deseos. Pedí coraje y lloré por primera vez. Sentí que esa noche mis papás se merecían que no estuviese tan triste.

Me levanté y me fui caminando. Cuando estaba a unos cinco metros me di cuenta que no había subido al puente colgante y pensé que debía dar la vuelta pero estaba caminando rumbo a casa, se estaba haciendo tarde, me esperaban para comer. Me dije rápidamente que debía volver y completar el ritual o algo podría salir mal. En ese instante mientras giraba escuché un crujir de hierros y gritos y vi que el puente se estaba cayendo. Los autos que pasaban por la avenida advirtieron la situación y se detuvieron. Corrí esos pocos metros, quería ayudar. Algunos estaban en el piso, habían caído desde unos diez metros contra el asfalto, otros habían quedado colgados.

Los que estábamos por ahí empezamos a asistir a los heridos, mientras un señor llamó a la policía. Subimos a los que podían moverse, que tenían golpes y fracturas menores, a los autos que allí se habían detenido y se fueron al hospital. Había siete lesionados. Ayudé a un chico que se quedó colgado del puente a que pudiera bajar, era un chico que conocía y que pudo saltar porque era un deportista. Me quedé esperando a la ambulancia junto a una señora que no tuvo

la misma agilidad y cayó al pavimento, tenía una fractura expuesta en su pierna derecha. Debimos esperar también a los bomberos para que pudieran bajar a dos jóvenes que habían quedado atrapados entre los fierros.

Después de una hora todo estaba controlado por los bomberos y las ambulancias. La policía nos dejó ir después de tomarnos declaración.

Empecé a caminar otra vez sobre mis pasos, los mismos pasos que di antes y me volví a detener en el mismo lugar donde escuché ese estruendo de hierros crujientes y gritos desesperados.

En ese lugar, en ese instante, esa mañana de domingo de Navidad, me pregunté por qué no subí, por qué no caí de allí, por qué no estoy en el piso con los huesos rotos, por qué no estoy muerto.... y giré para ver lo que había quedado de aquel puente colgante.

Nunca, ningún domingo desde que lo construyeron hace 7 años había dejado de subir, salvo por una lluvia torrencial y en aquellos días que estuve tan deprimido después del asesinato de Pedro.

Me dio gran tristeza verlo caído, aquel puente, nuestro lugar...

Miré a lo lejos hacia donde estaban los árboles, donde vivían las aves, y advertí con claridad que entre sus copas frondosas estaba mi amigo Pedro. Me saludó con sus dos manos abiertas y se esfumó volando junto a unas garzas blancas

rumbo al lago...

Fue la última vez que lo vi.